

CUANDO LEVANTO LA NARIZ DE LA PAGINA ESCRITA... *

Italo Calvino

Traducción de Pilar López

La discontinuidad entre la página escrita, fija y estable, y el mundo móvil y multiforme que hay fuera de la página nunca deja de sorprenderme: ¿qué pasa en el momento en que levanto la nariz de la página escrita y miro a mi alrededor, momento repetido innumerables veces a lo largo del día, tal vez el momento clave, el momento de la verdad?

Pertenezco a ese sector de la humanidad —una minoría a escala planetaria, pero creo que una mayoría entre los que están leyendo este artículo— que pasa la mayor parte de sus horas de vigilia en un mundo muy especial, un mundo constituido por líneas horizontales donde las palabras se siguen unas a otras, y cada frase y cada párrafo ocupan su debido lugar; un mundo tal vez muy rico, aún más rico que el no escrito, pero en cualquier caso un mundo que requiere una adaptación especial para encajar en él. Cuando paso del mundo escrito al otro, al que corrientemente llamamos *el mundo*, basado en las tres dimensiones y los cinco sentidos, poblado por 4.000 millones de seres humanos, para mí significa repetir cada vez la prueba de mi nacimiento, pasar de nuevo por su trauma, a fin de dar forma a una realidad inteligible a partir de un montón de sensaciones confusas, elegir de nuevo una estrategia para hacer frente a lo inesperado sin que me destruya.

Este nuevo nacimiento está marcado para mí, una y otra vez, por ritos especiales que significan mi entrada en una vida diferente: por ejemplo, el rito de ponerme las gafas, porque soy corto de vista y leo sin lentes mientras que para la mayoría de ustedes, hipermétropes, el rito sería lo contrario, quitarse los lentes que usan para leer.

Todo rito de transición implica un cambio en la actitud de nuestra mente: cuando leo, necesito entender rápidamente cada frase, al menos su sentido literal, y una vez que la he entendido me siento capaz de emitir un juicio: lo que he leído es cierto

o falso, correcto o incorrecto, agradable o desagradable. En mi vida cotidiana, por el contrario, hay innumerables circunstancias que escapan a mi entendimiento, desde las más generales a las más sencillas y triviales: a menudo me enfrento a situaciones sobre las que no puedo dar una opinión y prefiero reservar mi juicio.

Mientras espero a que el mundo no escrito se vuelva más claro, hay siempre una página escrita abierta ante mí, en la que puedo zambullirme otra vez; lo hago sin demora y con la mayor satisfacción, porque allí al menos, aun cuando lo que entiendo sea sólo una pequeña parte del total, puedo abrigar la ilusión de que tengo todo bajo control.

Creo que sentía lo mismo en mi juventud, pero en aquella época mi ilusión era que el mundo escrito y el no escrito se iluminaran mutuamente, que las experiencias de la vida y las experiencias de los libros fueran complementarias y que al avanzar en uno de los campos avanzara también en el otro. Hoy puedo decir que sé mucho más acerca del mundo escrito que antes: en el interior de los libros la experiencia es aún posible, pero su dominio termina en el canto blanco de la página. Por el contrario, lo que sucede a mi alrededor me sorprende una y otra vez, me asusta, me deja perplejo. He visto muchos cambios en mi vida, en el ancho mundo, en la sociedad que me rodea, muchos cambios incluso dentro de mí, y sin embargo no puedo prever nada en cuanto a mí, en cuanto a la gente que conozco, por no hablar del futuro de la humanidad. No puedo prever cuál será la futura relación entre los sexos, entre las generaciones, las futuras evoluciones de la sociedad, de las ciudades, de los países, qué tipo de paz habrá o qué tipo de guerra, qué significará el dinero, cuáles de los objetos cotidianos que nos rodean desaparecerán y qué otros nuevos aparecerán, qué tipo de vehículos y máquinas existirán, cuál será el futuro del mar, de los ríos, de los animales, de las plantas. Sé que comparto mi ignorancia con aquellos que, por el contrario, pretenden conocerlo: economistas, sociólogos, políticos; pero el hecho de no ser el único no me consuela.

* *Letra internacional*, Enero-Marzo, 1986.

Me consolaría pensar que la literatura ha sido siempre entendida algo más que las otras disciplinas, pero esto me hace recordar que los antiguos veían en las humanidades una escuela de sabiduría, y me doy cuenta de lo inalcanzable que es hoy la idea misma de sabiduría.

Llegados a este punto me preguntarán ustedes: si dice que su verdadero mundo es la página escrita, el único en el que se siente a gusto, ¿por qué quiere dejarlo, por qué se aventura en este ancho mundo que no es capaz de dominar? La respuesta es muy sencilla: para escribir. Porque soy escritor. Se supone que lanzo miradas de exploración a mi alrededor, que vislumbro lo que ocurre y luego me inclino de nuevo sobre mi escritorio y sigo con mi tarea temporalmente interrumpida. Es para poner de nuevo en marcha mi fábrica de palabras por lo que debo extraer nuevo carburante del pozo de lo no escrito.

Pero examinemos más detenidamente la situación. ¿Son las cosas realmente así? Las principales filosofías actuales dicen: no, se equivoca usted. Dos conclusiones contrapuestas de dos corrientes filosóficas acuden a la mente del escritor. Una dice: el mundo no existe, sólo existe el lenguaje. La otra: el lenguaje común no tiene sentido, el mundo es literalmente inefable.

Para la primera hay un lenguaje sólido que se yergue sobre un mundo de sombras; para la segunda, es el mundo el que se yergue como una muda esfinge de piedra en un desierto de palabras que cambian con el viento.

La primera corriente tiene su fuente en el París de hoy; la segunda procede de Viena de principios de siglo, pero ha conocido varios resurgimientos y hoy está muy difundida también en mi país. Ambas filosofías tienen argumentos convincentes para demostrar que son correctas. Ambas plantean un reto al escritor: la primera, usar un lenguaje responsable sólo ante sí mismo; la otra usar un lenguaje para llegar al silencio del mundo. Estoy fascinado e influido por ambas. Esto significa que no sigo ninguna de ellas, que no creo en ninguna de ellas. ¿En qué creo entonces?

Permítanme que vea, por un momento, si puedo sacar alguna satisfacción de esta difícil situación. Ante todo, si percibimos tan intensamente la incompatibilidad entre lo escrito y lo no escrito es porque somos ahora mucho más conscientes de lo que es el mundo escrito, no podemos olvidar que está hecho de palabras, que el lenguaje es usado

según sus propias técnicas y estrategias, que los sentidos y las relaciones entre los sentidos están organizados según sistemas especiales; somos conscientes de que cuando nos cuentan una historia (y casi todos los textos escritos cuentan una historia, o muchas historias, incluso los libros de filosofía, incluso los presupuestos de una empresa, incluso las recetas de cocina), esta historia es puesta en marcha por una máquina, como otras maquinarias de otras historias).

Esta constatación es ya un gran avance: no podemos evitar la confusión entre lo que es lingüístico y lo que no lo es, de modo que podemos ser más conscientes de cualquier posible relación entre los dos mundos.

Ahora sólo tengo que hacer lo contrario, comprobar que el mundo exterior sigue ahí y no depende de las palabras, que en alguna medida es irreducible a las palabras y que ningún discurso, ningún escrito, podría agotarlo. No tengo más que volver la espalda a las palabras depositadas en los libros, zambullirme en el mundo exterior, y me encontraré en el corazón del silencio, el silencio mismo pleno de sentido... ¿Cómo puedo llegar a él?

Para ponerse en contacto con el mundo exterior algunas personas simplemente compran el periódico cada mañana. Yo no soy tan ingenuo. Sé que en los periódicos sólo puedo obtener una lectura del mundo hecha por otros, o más bien por una maquinaria anónima especializada en seleccionar entre el infinito número de acontecimientos aquellos que pueden ser incluidos en la categoría de "noticias".

Otras personas, para escapar a las palabras escritas, encienden la televisión. Pero yo sé que todas las imágenes, incluidos los reportajes en directo, pertenecen a un discurso construido no diferente al de los periódicos. Por eso no compro el periódico, no enciendo la televisión, simplemente salgo y paseo.

Pero todo lo que veo en las calles de la ciudad ocupa ya su lugar en el modelo de información homogeneizada. Este mundo que veo, el que ordinariamente reconocemos como *el mundo*, se presenta ante mis ojos –al menos en gran medida– ya definido, etiquetado, catalogado. Es un mundo ya conquistado, colonizado por las palabras, un mundo que lleva una pesada capa de discurso. Los hechos de nuestra vida están ya clasificados, juzgados, comentados, aun antes de suceder. Vivimos en un mundo donde todo ha sido ya leído incluso antes de que comience a existir.

Veo que mi argumento me ha llevado a un callejón sin salida. Si el mundo no escrito en realidad ya está totalmente escrito, nunca podré romper el caparazón escrito que me rodea; ya levante los ojos de la página o mire hacia abajo, no puedo esperar cambio alguno.

No sólo todo lo que vemos, sino también nuestros propios ojos, están saturados de lenguaje escrito. A lo largo de los siglos el hábito de la lectura ha cambiado al *Homo sapiens* en un *Homo legens*. Pero este *Homo legens* es más sapiens que sus antecesores. El hombre que no leía podía ver y oír muchas cosas que nosotros no somos capaces de percibir ahora: el rastro de los animales que cazaba, los signos de la lluvia o el viento que se aproximaban; podía saber las horas del día por la sombra de un árbol o las de la noche por la posición de las estrellas en el horizonte. Y en cuanto a oído, olfato, gusto y tacto, su superioridad sobre nosotros es innegable.

De cualquier modo, no propongo resucitar el analfabetismo para recuperar los conocimientos de las tribus paleolíticas. Lamento todo lo que hemos perdido, pero tengo presente que las ganancias superan a las pérdidas. Lo que trato de descubrir es lo que podemos hacer realmente hoy.

Debo mencionar las especiales dificultades que tengo como italiano en mi relación con el mundo y con el lenguaje. Mi país causa un montón de frustraciones a quienes tratan de entenderlo. Italia es un lugar donde suceden muchas historias misteriosas, ampliamente discutidas y comentadas cada día pero nunca resueltas; donde cada suceso encierra una trama secreta cuya naturaleza permanece oculta aunque el hecho de ser un secreto no sea en absoluto un secreto; donde ninguna historia llega a su fin porque su comienzo sigue siendo oscuro, pero entre el comienzo y el fin podemos disfrutar de un infinito número de detalles. Italia es un lugar donde los cambios en la sociedad, las costumbres, el comportamiento son demasiado rápidos como para permitirnos entender en qué dirección vamos, y de cualquier modo todo lo que sucede va acompañado por las premoniciones de la degradación o la catástrofe, o por las declaraciones de nuestro persistente triunfo en nuestro tradicional arte de sobrevivir, abrimos camino y salir adelante.

En consecuencia, las historias que los escritores italianos podemos contar están marcadas, de un lado, por el sentido de lo desconocido y, de otro, por la necesidad de construcción de unas líneas de

armonía y geometría trazadas con exactitud; ésta es la forma en que reaccionamos ante el terreno movedizo que pisamos.

En cuanto al lenguaje, se ha visto afligido por una especie de plaga. El italiano se está haciendo más y más abstracto, artificial, ambiguo, las cosas más sencillas no se dicen jamás directamente, los nombres concretos no se usan ya. Primero fueron los políticos, los funcionarios, los intelectuales los que se vieron afligidos por esta enfermedad, que luego se convirtió en una epidemia general cuando la conciencia política e intelectual se difundió entre las grandes masas. La tarea del escritor es luchar contra esta plaga, hacer que sobreviva un lenguaje concreto y directo, pero el lenguaje cotidiano que solía ser la fuente viva a la que los escritores podían recurrir no escapa ahora de la infección.

Por consiguiente, creo que los italianos estamos en una situación ideal para vincular nuestras actuales dificultades a la hora de escribir novelas con las reflexiones generales sobre el lenguaje y el mundo.

Una importante tendencia internacional de la cultura de nuestro siglo, a la que podríamos denominar el enfoque fenomenológico en filosofía y el efecto de enajenación en literatura, nos incita a romper la pantalla de las palabras y los conceptos y ver el mundo como si apareciera por primera vez ante nuestra vista. Bien, ahora permítanme que trate de crear el vacío en mi mente y contemplar un paisaje, manteniéndolo libre de toda conexión cultural.

¿Qué ocurre? Nuestra vista está programada para leer y advierto que estoy tratando de leer el paisaje, el prado, el mar agitado. Este programa no significa que nuestros ojos sigan un movimiento horizontal instintivo de izquierda a derecha y luego de nuevo a izquierda, repitiendo el mismo movimiento un poco más abajo y así sucesivamente. (Por supuesto, los ojos de los que hablo están programados para las páginas occidentales; para los ojos japoneses deberíamos suponer un programa vertical.) Leer, más que un ejercicio óptico, es un proceso en el que intervienen la mente y los ojos, un proceso de abstracción, o más bien una extracción de algo concreto a partir de operaciones abstractas, como reconocer marcas distintivas, desglosar todo lo que vemos en elementos mínimos, reunirlos en segmentos significativos, descubrir a nuestro alrededor regularidades, diferencias, recurrencias, excepciones, sustituciones, redundancias.

La comparación entre el mundo y un libro tiene una larga historia desde la Edad Media y el Renacimiento. ¿En qué lenguaje está escrito el libro del mundo? Según Galileo, en el lenguaje de las matemáticas y la geometría, un lenguaje de racionalidad y exactitud absolutas. ¿Es ésta la forma en que podemos leer el mundo de hoy? Tal vez sí, pero sólo para lo extremadamente distante: galaxias, quasares, supernovas. En cuanto a nuestro mundo cotidiano, parece estar escrito más bien en un mosaico de lenguajes, como una pared abarrotada de pintadas, llena de garabatos unos encima de otros, como un palimpsesto cuyo pergamino fue borrado y reescrito varias veces, como un *collage* de Schwitters, una estratificación de alfabetos, citas heterogéneas, términos de argot, impresiones de ordenador. ¿Deberíamos tratar de introducir por mimetismo el lenguaje del mundo en nuestros escritos? Algunos de los más importantes escritores de nuestro siglo lo han hecho: podemos encontrar ejemplos en los *Cantos* de Ezra Pound, o en Joyce, o en alguna página vertiginosa de Carlo Emilio Gadda, siempre llevados por la obsesión de vincular cada detalle al conjunto del universo.

Pero ¿es el mimetismo el camino correcto? Mi punto de partida fue el contraste irreconocible entre el mundo escrito y el no escrito; si sus dos lenguajes se funden mi argumento se viene abajo. El verdadero reto para un escritor es hablar de la enmarañada confusión de nuestro siglo usando un lenguaje tan transparente que alcance un nivel alucinante, como hizo Kafka.

Para renovar la relación entre lenguaje y mundo tal vez la primera operación sea la más sencilla: fijar nuestra atención en un objeto, cualquier objeto, el más trivial y familiar, y describirlo detalladamente, como si fuera la cosa más interesante y nueva del mundo.

Una de las lecciones que podemos sacar de la poesía de nuestro siglo es la concentración de toda nuestra atención, todo nuestro amor por los detalles en algo que está muy lejos de cualquier imagen humana, un objeto, una planta, un animal, identificando luego en él nuestro sentido de la realidad, nuestra moral, nuestra personalidad, como hizo William Carlos Williams con un ciclamen, Marianne Moore con un nautilo, Eugenio Montale con un águila.

En Francia, cuando Francis Ponge escribía poemas en prosa sobre cosas tan humildes como una pastilla de jabón o un trozo de carbón, la cuestión

filosófica de “la cosa en sí” comenzó a caracterizar a la investigación literaria. Tras la época de Sartre y Camus esta investigación tuvo su expresión externa en la descripción de un pedazo de tomate por Robe-Grillet. Pero creo que todavía no se ha dicho la última palabra; recientemente, en Alemania, Peter Handke ha escrito una novela totalmente basada en paisajes. Y también en Italia el enfoque visual es el elemento común a algunos de los más recientes escritores jóvenes que he leído casualmente.

Mi interés por las descripciones se debe también al hecho, debo confesarlo, de que el último libro que he publicado, *Monsieur Palomar*, incluye varias descripciones. Trato de conseguir que una descripción se convierta en una historia sin dejar de ser sólo una descripción. En toda historia hay un personaje que sólo piensa en la medida en que ve, y recela de todo pensamiento que acuda a su mente por otros medios.

Mi problema al escribir este libro es que yo no soy lo que podríamos llamar un observador; soy muy distraído, de modo que la primera operación que tengo que realizar es concentrar mi atención visual en algo y luego describirlo, o más bien hacer ambas cosas al mismo tiempo porque, al no ser observador, si observo por ejemplo una iguana en el zoo y no escribo sobre ella de inmediato, la olvido.

Debo decir que la mayoría de los libros que he escrito y de los que tengo la intención de escribir tienen su origen en la idea de que para mí será imposible escribir un libro de este tipo: cuando me he convencido de que tal libro está completamente fuera de las posibilidades de mi temperamento o mi capacidad, me siento y comienzo a escribirlo.

Esto fue lo que me sucedió con mi novela *Si una noche de invierno un viajero*: comencé a imaginar todos los tipos de novela que nunca escribiría porque no sería capaz; luego traté de escribirlas y durante algún tiempo sentí en mí la energía de diez novelistas imaginarios diferentes.

Otro libro que estoy escribiendo trata de los cinco sentidos, a fin de demostrar que el hombre contemporáneo ha perdido el uso de todos ellos. Al escribirlo tengo el problema de que mi sentido del olfato no es muy agudo, carezco de un oído realmente fino, no soy un *gourmet*, mi sentido del tacto es poco refinado y soy corto de vista. Con cada uno de los sentidos tengo que hacer un esfuerzo para dominar una serie de sensaciones y matices.

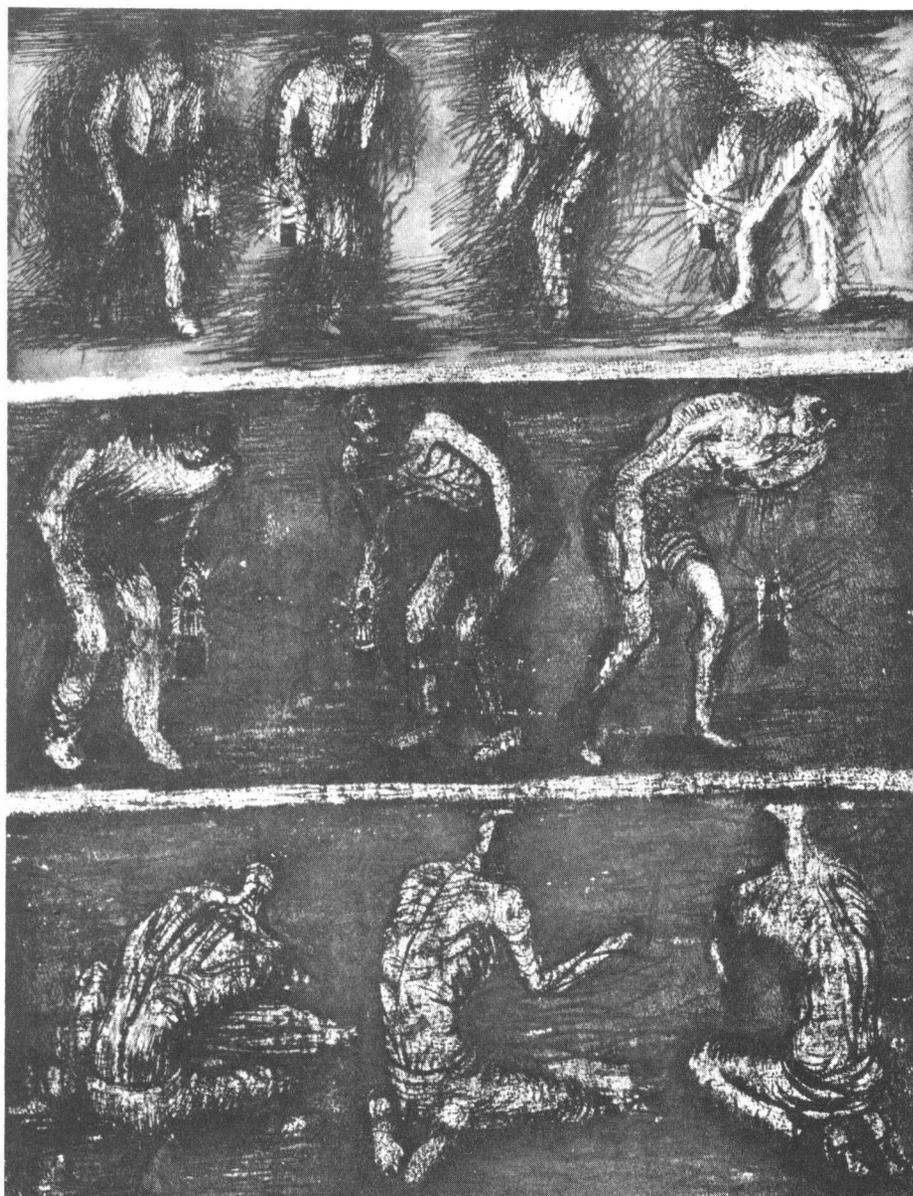
No sé si lo lograré pero mis esfuerzos, tanto en este caso como en otros, no están simplemente encaminados a hacer un libro, sino también a cambiarme, que es el objeto de todo empeño humano.

Ustedes pueden decir que prefieren los libros que transmiten una experiencia real y garantizada. Bueno, yo también. Pero en mi experiencia el vivo deseo de escribir está siempre relacionado con el anhelo de algo que nos gustaría poseer y dominar, algo que se nos escapa. Ahora bien, como conozco muy bien este tipo de deseo tengo la impresión de que lo reconozco también en los grandes escritores cuyas voces parecen llegarme desde la cima de una experiencia absoluta. Lo que han conseguido transmitirnos es una aproximación a la experiencia, no una llegada; esto ha mantenido intacta toda la seducción del deseo. Tal vez sea ésta la forma en que los grandes autores nos ofrecen esa sensación precisa de conocimiento que no podemos encontrar en ninguna otra parte.

En cierto modo, creo que siempre escribimos acerca de algo que no conocemos, escribimos para dar al mundo no escrito una oportunidad de expresarse a través de nosotros. Sin embargo, en el momento en que mi atención venga desde el orden fijo de las líneas escritas hasta la complejidad móvil que ninguna frase puede apresar por entero, estoy más cerca de comprender que en la otra cara de las palabras hay cosas que las palabras podrían significar.

Los poetas y escritores a los que admiramos han construido en sus obras un mundo que percibimos como el más significativo, contraponiéndolo a un mundo que ellos también percibieron como carente de sentido y perspectiva. Creyendo que su gesto no fue excesivamente diferente del nuestro, levantamos los ojos de la página para contemplar la oscuridad.

Moore Henry (1898 - 1986)
Escultor Inglés



Estudios de mineros en el trabajo
Tiza, pluma y acuarela
1942